

LA DIVISION CENETISTA

LA Confederación Nacional del Trabajo de España ha adoptado unos principios que se oponen claramente a la organización estatal y aspira a sustituirla empleando tácticas adecuadas que, a través de los distintos comicios nacionales, han sido reafirmadas. Su finalidad: el comunismo libertario, fué perfectamente definida en el último Congreso regular celebrado en Zaragoza durante la primera quincena de mayo del 36. Y cuantas opiniones puedan oponerse a esa definición, libremente acordada por las representaciones autorizadas de los sindicatos cenetistas, están completamente desplazadas en tanto otro Congreso no la rectifique. La guerra, precisamente, nos ha advertido de los errores mayúsculos que acompañan a todo intento desviacionista. Tiene que ser la Confederación Nacional del Trabajo lo mismo que fué en otro tiempo: revolucionaria, apolítica, apasionadamente anarcosindicalista que, segura de sí misma, impulse la lucha hacia la organización social de nuestros caros anhelos.

A los que coinciden con esta interpretación y que por un equívoco *circunstancial* se separaron de nuestro Movimiento nos hemos dirigido en precedentes editoriales. No a los otros que, con atrevimiento imperdonable, han pretendido convertir las « circunstancias » en escabel de par-

titidos políticos maniobrando cobardemente contra el futuro de nuestro movimiento obrero revolucionario y decididamente antiestatal. Esa llamada sincera a la reflexión para permitir el fortalecimiento de la organización confederal y aprovechar los esfuerzos en la lucha en que estamos empeñados, principalmente contra el salvajismo franquista, ha sido recibida favorablemente por la mayoría de la militancia; con cierta sorpresa en otros y, por qué no decirlo, con muestras de desagrado en algunos lugares. La sorpresa anida en los que — inter nos — lo interpretan equivocadamente como un intento de reconciliación al viejo estilo de Vergara, y, por otra parte, algunos separados que lo califican torpemente de maniobra absorcionista. Y el desagrado se produce precisamente en los adversarios, en los jerifaltes políticos a quienes inquieta muy mucho la desaparición definitiva de esa CNT cuyo nombre utilizan frecuentemente en los más disparatados proyectos.

No pretendemos vencer a nadie, sino llevar al convencimiento de todos los militantes que el interés primordial de nuestro Movimiento radica en el fortalecimiento, sin confusiones, de la organización confederal; en la supresión definitiva de los obstáculos que para la lucha activa en el Interior supone la separación de los efectivos; en la afirmación de

nuestros postulados revolucionarios evitando el lamentable espectáculo y los perjuicios que ocasiona la permanencia de una CNT gubernamentalista, amorfa, sin arraigo alguno, viciada de politiquería.

Sólo los renegados y los adversarios decididos del anarco-sindicalismo pueden felicitar de la prolongación de una situación tan notoriamente perjudicial. Los buenos compañeros deben, por el contrario, apresurarse a ponerla fin, sin temores, sin orgullo desplazado, viniendo dignamente a nuestras filas para cooperar con entusiasmo en la obra que nos está encomendada.

UN PUNTO DE VISTA

Un periódico stalinista catalán, cuyos redactores hacen alarde de un cretinismo subido, ha llegado a la conclusión, después de pensárselo mucho seguramente, de que los anarquistas estamos contra la revolución desde el momento que desaprobamos las « revoluciones » de Bulgaria, Yugoslavia, Checoslovaquia, etc., etc. Es la misma conclusión a la que debieron llegar Hitler, Mussolini, Franco y todos los promotores de « revoluciones » especiales, hacia atrás. Que al fin y al cabo, las « revoluciones » de los stalinistas y las de los fascistas propiamente dichos, vienen a coincidir en los resultados: Exaltación del jefe, degradación del individuo, burocratismo, militarismo y Estado policiaco.

Claro que todo esto tiene sin cuidado a los stalinistas, individuos en general tarados moralmente, cuya psicología particular recuerda ciertos complejos freudianos poco profundizados todavía. Pero en reali-

dad, las « revoluciones » que en los países europeos stalinizados han dado como fruto las « democracias populares » han tenido la virtud de ilustrar a amplios sectores de la opinión europea — principalmente la de esos propios países — sobre la verdadera significación de ciertas « revoluciones » que, en el fondo, no son otra cosa que vulgares mutaciones de decorado. ¿ No es una realidad ya comprobable que la idea comunista está de regreso en la Europa occidental? Los pueblos empiezan a ver claro sobre la calidad del género de « revolución » propuesto por los stalinistas.

En Checoslovaquia mismo, la comedia electoral urdida por el partido staliniano, demuestra en que grado la opinión pública internacional está trabajada por la duda. La « revolución » Checa ha de ser consagrada por el sufragio universal, con victoria descontada para los comunistas, incapaces de

afrontar una oposición política organizada. ¿ No es un ejemplo, incluso, que en un país vecino de la URSS como Finlandia, el Partido comunista pierda efectivos de una manera considerable?

Si es verdad que hay que vivir para ver, los que viven el régimen de Dimitroff, el de Tito o el de Gottwald están viendo cosas enormes. Cosas que les hacen aborrecer profundamente un sistema de vida que les recuerda los de los peores tiempos. Sólo así se explica la necesidad de la brutalidad, la artimaña y la coacción para sostener regimenes que, de ser simplemente democráticos, en el sentido tradicional de la palabra, no podrían resistir las mínimas pruebas electorales. Pero la « democracia » de los stalinistas es tan particular como la del mismísimo Franco, aunque les duela a los redactores del periódico comunista en cuestión.

B. MILLA